

hallábase el rey tan dominado por la Maintenon, que nadie dudaba en la corte de que se casaría legalmente con ella, y así resultó en efecto.

Aquella mujer calculadora y serena, con su fingida modestia y pretendida virtud, llegó á una altura mucho mayor que todas las favoritas que la habian precedido en el corazón del rey. Estas se habian contentado con ser sus queridas; pero la Maintenon rechazó indignada semejante posición deshonrosa y puso al rey finalmente en la alternativa de despedirla ó de casarse con ella. El monarca, que ya iba envejeciendo, se decidió por el casamiento, porque estaba acostumbrado á pasar ya gran parte de cada día en su compañía. Además se habia puesto achacoso y necesitaba absolutamente el solícito é inteligente cuidado de aquella mujer, que estaba apoyada también por el confesor del rey y por los hijos ilegítimos de éste y de la Montespan que la profesaban mas cariño que á su propia madre. El médico de cámara, á la muerte de la reina, habia sido sustituido por otro adicto á la Maintenon; y al fin, en setiembre ú octubre de 1685 se celebró en la capilla del castillo de Maintenon y en presencia de contadas personas el matrimonio secreto entre el rey Sol y la viuda del escritor satírico Scarron.

Mucho se ha hablado y muchas fábulas se han contado acerca de la influencia benigna y apacible de esta mujer sobre el carácter violento y brutal de Luis XIV; pero en realidad no hubo nada de esto; muy al contrario, con su trato tornóse receloso, adusto y vengativo. Nada hizo la Maintenon para impedir ó suavizar la infame y horrorosa devastación del Palatinado: y apenas sintió asegurada su influencia, se concertó con Louvois, á quien execraba, para organizar la persecución de los protestantes. Severa y fría consigo misma (jamás bebió en su vida sino agua) lo era también para los demás.

El año de 1680, el mismo en que cayó en desgracia la Fontanges, sin que recobrará por eso el favor la Montespan, señala una época para los protestantes, la de su persecución. Primero fueron abolidas las salas de los Parlamentos de provincia compuestas de consejeros católicos y protestantes en número igual y destinadas á conocer y fallar de los delitos ó causas y pleitos civiles de los franceses reformados.

Después se prohibieron la conversión de católicos al protestantismo, los matrimonios mixtos, y el ejercicio de la profesión á las parteras protestantes. Al propio tiempo se autorizó á los hijos de protestantes para hacerse católicos contra la voluntad de sus padres, con solo tener siete años cumplidos, y luego, cosa horrible, se arrebataron los niños á miles de padres protestantes, ya por medio de la astucia, ya por la fuerza bruta, para tenerlos ocultos hasta que hubiesen aceptado la fe católica.

Los golpes que se descargaban sobre los protestantes eran cada vez mas rudos y mas frecuentes (1). En seguida fueron excluidos de todas las dignidades, empleos, pensiones y hasta de las licitaciones para el arriendo de la cobranza de las contribuciones. Este golpe iba dirigido contra las familias distinguidas y ricas; otro mas cruel é indigno, exigiendo como condición indispensable para el ejercicio de cualquier oficio manual el ser católico, arruinó y entregó á la desesperación á toda la clase media. No contento el gobierno de Luis XIV con quitar á los protestantes todos los medios de ganarse el pan terrenal, les quiso privar también del alimento espiritual, y en la Guiena, en la Bretaña, en el Languedoc se cerraron, y

(1) Véase sobre esto la *Histoire de France*, de JULES MICHELET, tomo 15, 2.ª edición de 1871. Obra brillante, bien discernimiento poética, pero en la cual el autor pinta con colores vivos y con mucha exactitud la situación de los protestantes bajo el reinado de Luis XIV.

aun se destruyeron sus iglesias mas importantes y mas frecuentadas, todo bajo fútiles pretextos, el de haber admitido católicos convertidos, de haber hecho befa del culto católico, etc.

Todas estas infamias no pudieron sacar á los hugonotes de su actitud digna, sufrida y pacífica, porque persuadidos como estaban de que oponerse á la autoridad instituida por Dios era oponerse á Dios, dejaron hacer, aunque sin renunciar por eso á su religión.

Los casos de conversión fueron muy raros, como que no eran actos de convicción, sino de cobardía, y pronto hubieron de convencerse los fanáticos del catolicismo que el método empleado no daba resultados, y de que por el contrario empezaban ya á excitar la compasión de la población católica la constancia y la fe de los martirizados protestantes. ¿Qué hacer pues? ¿Convenía aguardar á que esta conmiseración se extendiera hasta por la misma corte? No; quedaba solo un remedio, el de excitar de un modo ú otro á los protestantes á la resistencia.

La ocasión la encontró el gobernador del Languedoc, el citado duque de Noailles (2) en julio de 1683, con motivo de una reunión de delegados protestantes de las provincias de Languedoc y del Delfinado para orar sobre las ruinas de sus iglesias destruidas y para firmar al propio tiempo una petición al rey en la cual se le suplicaba les restituyesen sus templos.

Noailles para suscitar los desórdenes que deseaba, hizo correr la voz de que los protestantes querían sublevarse; armó al populacho católico y concentró fuerzas militares. En todo el Mediodía y en el Sudeste de Francia fueron atacadas las reuniones religiosas de los reformados; éstos se armaron y se defendieron; corrió la sangre, y los católicos fanáticos lograron su objeto de poder hablar al rey de una sublevación hugonote. En seguida se enviaron al Mediodía gran número de tropas, y las matanzas en masa alternaron con las ejecuciones ordenadas por la justicia. A principios de 1684 habian sido destruidas en Francia 600 iglesias protestantes cuyos bienes fueron también confiscados.

Igualmente se confiscaron los de los hospitales; pero en lugar de destinarlos á nuevos objetos de beneficencia ó piadosos, se quedó con ellos el rey para recompensar á sus favoritos, ministros y nobles arruinados por sus excesos. Tampoco emplearon contra tan impías violaciones su influencia ni la devota Maintenon ni los jesuitas. Nada dijeron cuando una novísima ley, con objeto fácil de adivinar, mandó á los reformados hacer bautizar á sus hijos dentro de las primeras 24 horas de haber nacido. Escaseando ya extraordinariamente las iglesias, obligábase con esta ley á muchísimas familias á recorrer á veces distancias de muchas leguas con sus tiernos recién nacidos para hacerles bautizar según el rito reformado, sucediendo á menudo, especialmente en invierno, que cuando la comitiva habia llegado á la puerta de la iglesia, la criatura habia ya muerto. Innumerables fueron también las criaturas arrebatadas á sus padres en semejantes ocasiones bajo cualquier pretexto, lo cual dió lugar á sangrientas contiendas en que los tiernos niños fueron las primeras víctimas.

Con semejantes disposiciones brutales realizaron Louvois y sus intendentes muchas conversiones entre los corazones

(2) Este duque de Noailles dejó á su muerte 200 tomos de documentos importantes que habia reunido laboriosamente en su larga carrera militar y de ministro del rey. De ellos compuso el abate Millot sus *Mémoires de Noailles*, que se encuentran en la *Collection Michaud et Foujoulat*, con tan gran locuacidad como poco discernimiento. La suerte es que cita gran número de documentos á la letra y otros en extracto que en gran parte conservan aun hoy un notable interés.

débiles del grupo protestante; pero la gran masa continuó inquebrantable. Contra ésta se emplearon otros medios, y el honor de haberlos inventado pertenece al intendente del Poitou llamado Marillac. Este funcionario ya en 1681 habia caído en la cuenta de que podía atropellar á los hugonotes y obligarlos á someterse á la religión católica, haciendo pesar sobre ellos solos casi todo el gravamen de las contribuciones por un reparto hipócrita y dirigido á este objeto. Eximió en efecto á los habitantes católicos de su provincia del pago de la talla ó contribución sobre la renta, y lo mismo hizo con la carga de los alojamientos, y tanto una como otra contribución llegaron á pesar exclusivamente sobre las familias reformadas, que por constituir aproximadamente el tercio de la población, vieron aumentadas sus cuotas en el triple de lo que pagaban antes. No contento con este abuso, permitió á los soldados toda especie de atropello contra sus patrones, sin castigar ninguno. No tardó en levantarse un clamoreo muy fundado contra estas «dragonadas», como se llamaban tales insolencias de la soldadesca, por lo general perteneciente al arma de dragones; clamoreo tan grande, que el rey no pudo menos entonces de prohibirlas; pero se conservó la distribución injusta de las contribuciones, porque se decía: «Así se ganan almas para el cielo, sin que cueste dinero al rey.»

Esto sucedía en 1681. Desde entonces los jesuitas, la Maintenon, Louvois y el clero excitaron á porfía á Luis XIV á decretar disposiciones cada vez mas brutales y despóticas, y á mostrar cada día mayor enemistad é intolerancia contra los hugonotes; tanto que ya en 1685 logró Foucault, intendente del Bearn, provincia enteramente protestante y patria de Enrique IV, el permiso de cerrar las iglesias reformadas, según él, demasiado abundantes en su provincia, y el de emplear medios pecuniarios por un lado y dragones por otro para convertir á los protestantes. En menos de seis semanas Foucault habia cerrado casi todas las iglesias del Bearn; 15 porque sobraban y las restantes 5 porque sus curas párrocos habian faltado á los edictos. Todos los eclesiásticos protestantes fueron expulsados del territorio. Tras esto vino el remedio de los soldados, que estaban autorizados para cometer toda clase de atropellos con ancianos, mujeres y niños, de modo que sin clero ni iglesias, sufriendo mil actos brutales de la soldadesca, se resolvieron muchos miles á hacer un simulacro de conversión. Foucault, hombre tiránico y duro, empleado sin entrañas, y deseoso de ponerse en buen lugar con la corte, exageró los resultados de sus medidas, diciendo que de 22,000 protestantes berneses solo perseveraban 1,000 en sus errores heréticos. Los lugartenientes é intendentes de la Guiena, del Languedoc y de otras provincias se apresuraron á imitar el procedimiento de Foucault.

Las quejas y lamentos de las infelices víctimas no llegaban hasta la corte, pero en su lugar llegaban los partes exagerados de las conversiones realizadas, que los intendentes hacían subir á cientos de miles, atribuyendo tan brillantes resultados primero á los escritos y polémicas de Bossuet y luego á la suave presión de las dragonadas. La verdad era que realmente se convirtieron ciudades enteras como Nimes, Montpellier y sobre todo La Rochela, famosas todas por la firmeza y valor heroico con que habian defendido en todo tiempo su fe protestante.

Estas conversiones en masa para librarse de crueles opresiones, que en los abuelos, y aun en los padres de aquella generación habrian producido la resistencia armada ó por lo menos el noble martirio, son la prueba mas palpable de la afeminación y decadencia del carácter nacional francés bajo la influencia paulatina pero constante del despotismo regio. Esta degeneración no tardó mucho en manifestarse á su vez en el ejército.

La camarilla despótica clerical no cabía en sí de gozo en vista de los resultados tan sorprendentes que daban las dragonadas, y luego hizo ver al rey que la inmensa mayoría, y entre ella los elementos mas apreciables de los reformados, se habia convertido ya, y que el resto, mas discolo, no podia tardar en hacer lo mismo si el rey se dignase declarar una cosa que hasta entonces habia procurado evitar con gran cuidado, á saber: que bajo ningun pretexto queria tolerar ya mas religión que la católica en sus Estados. Los jesuitas y teólogos quitaron al rey los escrúpulos que le quedaban tocante á la legalidad de semejante paso, diciéndole que Enrique IV habia publicado el edicto de Nantes solo para acabar con la guerra civil y evitar su repetición, pero que en vista de las conversiones extraordinarias que se habian realizado, ya no era de temer la guerra, y de consiguiente era inútil la tal ley que podia ser abolida por el monarca cuando este quisiese en virtud de su autoridad y poder absolutos. A estas consideraciones añadieron los teólogos, que era deber suyo abolirla por la salud de su conciencia que lo exigía. Así se hizo. En 22 de octubre de 1685 registró el parlamento de París la ley de abolición, que en lugar del edicto de Nantes establecía una serie de disposiciones conminatorias contra la religión reformada; prohibiendo en absoluto sus prácticas aun en casas particulares, mandando la destrucción de todas sus iglesias y el destierro de todos los sacerdotes y predicadores bajo las penas mas duras y hasta bajo la de muerte, y prohibiendo con la misma severidad de castigos la emigración de los demás protestantes. Prácticamente se habian mandado ocupar y vigilar todas las fronteras; de modo que á estos desgraciados no quedó ya ningun otro refugio mas que la conversión ó la muerte, porque tanto el rey como Louvois no querían perder de ningun modo la gran suma de inteligencia y riqueza que reunían sus súbditos reformados; mientras por la prohibición de todo acto religioso habian de ser forzosamente católicos todos los hijos que en adelante tuviesen los padres protestantes. Es verdad que á estos se les dejaba en apariencia su religión; lo que produjo entre los gobernadores de provincia é intendentes mas fanáticos, grandes quejas; pero Louvois les contestó que emplearan sus medios de persuasión á su placer, porque: «S. M., decía, quiere que V. no guarde consideraciones con las personas discolas que se resistan todavía á cumplir su deseo.» El resultado fueron nuevas dragonadas. Hubo familias protestantes acomodadas que recibieron en su casa en calidad de alojados hasta tres compañías de soldados autorizados para cometer toda clase de tropelías. A las familias que se convirtieron se les quitaron los soldados, los cuales pasaron á aumentar el número de alojados en las casas que todavía resistían; por manera que el conde de Tessé amenazó á los habitantes protestantes de Oranges que el último rebáño en convertirse tendria que mantener finalmente toda la tropa que guarnecía la ciudad.

Cada casa protestante era teatro de la mas apasionada guerra entre la fuerza bruta superior y la debilidad sufrida y atormentada. El soldado, esclavo de su jefe, procedía con la feroz brutalidad del esclavo, y si uno ú otro se mostraba algo humano, les obligaban sus superiores á palos á ser crueles. Los pobres protestantes fueron apaleados, punzados, quemados á fuego lento; los soldados les arrancaban las uñas, ó no los dejaban dormir durante muchos días y noches seguidas; y no hay palabras para describir los horrores que cometieron aquellas fieras con las mujeres casadas y solteras, y esto que las hugonotes tenían general fama de ser las mujeres mas virtuosas de Francia. Familias enteras fueron arrojadas por la soldadesca desenfundada á la calle enteramente desnudas, y estaba prohibido bajo las penas mas se-

veras dar hospitalidad á ningun rebelde; y finalmente si algun desgraciado resistia todos estos infames tormentos, era arrastrado y encerrado en un calabozo.

¡Desgraciado el cura protestante ú otro fugitivo que era apresado en su fuga! Su suerte era ser enviado por el resto de su vida á galeras, donde encadenado al duro banquillo del remero llenaba el cómitre de cardenales sus espaldas con su corbacho embadurnado y endurecido con la sangre de innumerables infelices. Las mujeres sucumbian en los calabozos mas horribles.

En diciembre de 1685 añadióse á estos horrores una nueva crueldad, á saber: la órden de quitar en el plazo de ocho días á todos los padres protestantes los hijos que tuviesen entre cinco y diez y seis años de edad. En la cacería de niños que á consecuencia de esto se realizó se distinguió muy particularmente Bossuet, el famoso héroe de las libertades galicanas. Se habilitaron conventos nuevos expresamente para las jóvenes secuestradas de este modo; los niños que se resistian fueron encerrados en cárceles ó azotados en público; y en suma diremos que despues de la revocacion del edicto de Nantes se dictaron todavía 200 disposiciones fijando diferentes penas contra los reformados recalitrantes ó discolos.

Tantas medidas inhumanas tuvieron en general el éxito que sus autores habian calculado, porque la inmensa mayoría de los hugonotes perseguidos por todos lados, sin salida por ninguna parte, y sin mas esperanza de librarse de tan atroz persecucion que murmurar alguna fórmula de conversion superficial, porque en estos casos no se miraba mucho, se convirtieron en apariencia. Esto bastaba á sus sañudos perseguidores, los cuales sabian muy bien que por exteriores que fuesen aquellas conversiones, las sucesivas generaciones habian de ser buenas católicas; y hasta harian públicamente befa de sus infelices víctimas porque habian preferido la conversion al martirio. El rey Luis XIV se quedó muy ufano y satisfecho del buen éxito de su despotismo, buen éxito muy ponderado por sus intendentés en sus informes jactanciosos.

Mas á pesar de todas las precauciones y crueldades de las autoridades, 200,000 hugonotes supieron burlar la vigilancia de las costas y fronteras y librarse por medio de la fuga del dilema de: «abjurar ó morir.» Los castigos se aumentaron hasta lo imposible; las galeras para toda persona que auxiliaba ó servia de guía á un fugitivo, y finalmente la pena de muerte para los fugitivos que se apresaban; pero ni por eso dejaron de salvarse muchos; 4,000 pudieron llegar á Ginebra y muchos otros miles á Zurich y Berna. Holanda, desde largo tiempo refugio de todos los expulsados, dió tambien hospitalidad cariñosa á innumerables hugonotes; 16,000 encontraron afectuosa acogida en el reducido Estado de Brandeburgo; lo mismo sucedió en otros Estados protestantes; y en todos se les permitió vivir en agrupaciones separadas y administradas por ellos, y servirse de su idioma, tanto en la iglesia y culto como en sus escuelas y tribunales que se regian por su código nacional. El mismo rey de Inglaterra, el católico Jacobo II, permitió que en su país se hiciesen grandes suscripciones para socorrer á los refugiados protestantes. La pérdida que esta emigracion causó á la Francia fué incalculable, porque los hugonotes que lograron ponerse á salvo eran la flor de los protestantes franceses, los mas opulentos, los mas instruidos é inteligentes, en una palabra, los mas distinguidos. Todos estos elementos que la Francia perdía, la inteligencia, la energía, la habilidad industrial, parte de sus riquezas, el odio concentrado contra sus opresores, contra aquel Luis XIV que pretendía ser un Dios en la tierra, y cuyo nombre se hizo el terror y mereció la execracion de toda la Europa, todo esto llevaron los refugiados franceses á los países donde se establecieron.

Tendría todavía esta saña ciega una excusa si hubiese sacrificado la felicidad, la tranquilidad y la honra de millones de protestantes al fanatismo religioso; pero se hizo todo esto en aras del despotismo político de un rey intolerante y para halagar y satisfacer la sed de dominar, y el afán de nivelarlo todo de los prelados franceses que ambicionaban ser otros tantos Papas en miniatura en sus respectivas diócesis.

Nada de esto, sin embargo, bastó á la insolente é ilimitada soberbia del rey de Francia. Lo que habia llevado á cabo en su país quiso luego imponerlo á los demás.

En los valles de los Alpes Cocios y Marítimos vivian todavía algunos millares de valdenses, secta protestante reducida, pobre y de una simplicidad y fe infantiles heredadas de sus mayores. En lo demás, eran leales súbditos de su soberano el duque de Saboya. Este recibió de Luis XIV la excitacion imperativa de aplicar las dragonadas á aquellos pacíficos valles, y de consentir para ello la cooperacion de las tropas francesas. Los horrores que allí cometió la soldadesca feroz y bestial excedieron á todo cuanto hasta entonces se habia hecho. Entre indecibles tormentos hicieron morir aquellas fieras desencadenadas á centenares de montañeses inofensivos y desdichados.

Queriendo llevar su persecucion é intolerancia mas allá de sus fronteras, es de presumir que no se librarian de ellas los extranjeros residentes en su país y que fiados en la paz entre su nacion y la Francia se habian establecido en esta última, principalmente muchos holandeses. No les valieron las reclamaciones oficiales de sus compatriotas, y como los hugonotes, tuvieron que escoger tambien ellos entre la conversion y la fuga secreta y peligrosa.

Esta anulacion del edicto de Nantes con los sucesos que engendró, acto que algunos han llamado muy ingeniosamente la reunion, es decir la anexion eclesiástica, á imitacion de aquellas salas de reunion ó incorporacion territorial, fué como estas, aun prescindiendo de su carácter infame é inhumano, la falta mayor de cuantas cometió Luis XIV. No era lo peor, aunque pesaba mucho en la balanza, la pérdida de centenares de millares de súbditos, cabalmente los mas laboriosos, inteligentes y acomodados, pérdida que redundaba en beneficio de los contrarios de la Francia, sino la ira feroz que actos de tan brutal tiranía despertaron en todos los corazones protestantes de Europa; porque desde entonces en adelante fué imposible que un príncipe protestante ni siquiera pensara en aliarse con Luis XIV. En todos los pulpitos, hasta en las mas insignificantes aldeas protestantes, en cualquier país que fuese, no hubo mas que un grito de indignacion contra la Francia y su rey; ninguna aldea ni ninguna casa habia donde no hubiese penetrado el odio á Luis XIV. La Suecia, la Dinamarca, el Brunsvick, la Sajonia, en fin, todos los países protestantes tuvieron que renunciar forzosamente á semejante alianza francesa.

La irritacion de las potencias católicas contra Luis XIV apenas era menor que la de los pueblos protestantes; los actos brutales que habia cometido sin freno en perjuicio de todo el mundo, le habian hecho objeto del odio universal. Todos sabian que su persecucion á los protestantes no era efecto de ningun sentimiento religioso verdadero, sino solamente de la ambicion puramente mundana y despótica, de la sed desenfrenada de mando, de la insolencia y arrogancia exclusivas é intolerantes de aquel rey, que tantos disgustos habia dado tambien al Sumo Pontífice. Así es que Inocencio XI veia en el rey de Francia el peor enemigo de la Iglesia; y al saber su conducta infame con Génova se hincó de rodillas exclamando con los ojos arrasados de lágrimas: *Defende causam tuam, Domine!* Ni jamás aprobó las dragonadas tampoco, ni se recataba de decir, olvidando los ejemplos dados por sus pre-

decesores en la silla de San Pedro, que no aprobaba ni los medios empleados, ni los motivos de aquellas conversiones en masa de las cuales ninguna era sincera. Sin embargo, no han faltado otros que dijeron que el Papa condenó estos medios porque no se le habia consultado á él. Por igual estilo criticó la diplomacia imperial estos mismos procedimientos; porque no le gustó su verdadero carácter, puramente político.

En toda la Europa no existia ya ningun potentado, ni príncipe, ni país, ni pueblo, ni interés que no hubiese sido

herido y ultrajado por este rey con su vanidosa pretension de omnipotente. El, sin embargo, á pesar de todos los clamores y odios, continuó sin desviarse en el camino emprendido, despreciando todas las enemistades que él mismo suscitaba, porque creyéndose seguro de parte de Inglaterra, contando con su auxilio, no dudaba que podría hacer frente á todo el resto de Europa. No obstante, cuando mas seguro estaba faltóle este aliado indispensable, con lo cual quedaron decididas la decadencia de su sistema gubernativo y la liberacion de Europa.

LIBRO TERCERO

LA DECADENCIA DE LUIS XIV

CAPITULO I

LA CAIDA DE LOS ESTUARDOS Y LA SEGUNDA COALICION CONTRA LA FRANCIA (I)

Los últimos ecos del júbilo con que habia sido recibido en Inglaterra el rey Carlos II á su vuelta del ostracismo, habian cesado de vibrar hacia ya muchísimo tiempo. Entonces el pueblo inglés creyó cambiar la confusion de la guerra civil y la tiranía de los soldados de Oliverio Cromwell por un estado de órden en que volbiesen á imperar las leyes y una libertad moderada y racional; en una palabra, habiase esperado ver la Inglaterra dichosa, unida y fuerte; pero tanto el pueblo como el rey se habian equivocado. Los mismos caballeros nobles, leales vasallos de su rey, que enviaban contentos al patíbulo á los vencidos republicanos, llamados «cabezas redondas,» y que de buena gana habrian hecho lo mismo con todos cuantos hablaban de fueros parlamentarios, del derecho de resistencia á toda tiranía ilegal y de libertades del pueblo inglés; hasta estos fanáticos que componian la mayoría monárquica realista del parlamento abierto en el año 1661 estaban en el fondo muy poco dispuestos á renunciar á los importantes privilegios que la representacion na-

cional del pueblo inglés habia conquistado en los veinte años de revolucion que acababan de pasar. Los sucesos de aquella época habian probado hasta la evidencia que en Inglaterra tenia el parlamento mas poder que la corona; y por mas que hicieron el rey y su parlamento compuesto de nobles adictos para oscurecer este hecho, no pudieron evitar que se patentizara constantemente de nuevo.

Esta tendencia resultaba tanto mas peligrosa para los Estuardos, cuanto que las esperanzas y deseos del pueblo inglés de ver á su patria feliz y poderosa, quedaron completamente frustrados. La conducta del rey heria los sentimientos de la nacion, en dos puntos igualmente sensibles para el noble mas realista que para el puritano que habia servido entre los coraceros de Cromwell, á saber: la religion y la grandeza del país en el exterior. Dos veces habia hecho caer la cámara de los comunes los ministerios del rey, en 1667 el de Clarendon, y en 1674 el llamado Cábala; siempre en vano, porque el rey Carlos II seguia su rumbo que rebajaba la dignidad del país entonces, y amenazaba á la religion de

cia ejercieron en las condiciones interiores del pueblo inglés en aquella época.

A estas dos obras magistrales acaba de añadirse recientemente otra, de la cual han aparecido hasta hoy ocho tomos que llevan los sucesos hasta el año 1700. Es *La caída de los Estuardos y la subida de la casa de Hanover al trono de Inglaterra*; por Onno Klopp, Viena 1875-1879. En esta obra campea el espíritu de Ranke, de hacer resaltar la conexión y eslabonamiento entre los sucesos de Inglaterra y los de los demás países europeos. Contiene además muchísimos pormenores nuevos é importantes sacados principalmente de los archivos de Viena y de Hanover; pero en globo puede considerarse como una tentativa desgraciada, primero por la gran parcialidad que muestra el autor por las casas de Austria y de Hanover; luego por el excesivo desleimiento del material y las digresiones en menudencias de toda clase, de ningun interés y aun completamente extrañas al objeto principal, todo desfigurado por un estilo demasiado afectado y acicalado, y finalmente porque el autor parece ignorar completamente el movimiento liberal y justiciero tan grandioso que en aquella época se realizó en el ánimo de los ingleses. En otras obras suyas ha dado el mismo autor pruebas de ingenio y de agudeza; pero estas cualidades no se revelan en la que aquí nos ocupa.

De obras y autores contemporáneos de aquella época solo mencionaremos la *History of my time* de Burnet (6 tomos, Oxford 1839), el amigo personal de Guillermo de Orange que le nombró obispo anglicano; hombre de opiniones francamente whigs, pero sincero, benévolo y en general bien informado.

(1) Pueden consultarse dos obras principales respecto de estos sucesos; ambas se completan mutuamente y se diferencian en absoluto una de otra por la idea fundamental y el modo de presentar los sucesos. La primera es la historia de Inglaterra desde la subida al trono de Jacobo II, por Macaulay; que en los primeros capítulos trata bastante detalladamente la parte referente á Carlos II. Esta obra goza de una celebridad tan grande como bien merecida por ser fruto de vastos estudios sobre la literatura inglesa del siglo XVII y además por su estilo y distribución tan acabados é ingeniosos como interesantes; pero el autor además de pertenecer al partido *whig* hace figurar demasiado este partido al través del texto y además le falta el tacto del crítico verdadero, y lo que es peor no entiende nada de las circunstancias y modo de ser de los otros países. —Opuesto enteramente es el carácter de la *Historia de Inglaterra* escrita por Ranke, y muy particularmente la parte correspondiente á los siglos XVI y XVII. Su carácter político es decididamente favorable al partido *tory*, conforme se ve en los juicios que al autor merecen los personajes elevados, como príncipes y estadistas. Se conoce desde luego su eminente tacto histórico, en que dejando aparte detalles, hace resaltar los sucesos importantes y de trascendencia. Grandísima luz arroja esta obra sobre las relaciones internacionales de Inglaterra, que tanta influen-